

# LA MÁQUINA DEL PORVENIR

El mes de septiembre de 2014, un jurado presidido por Juan Marsé, e integrado por Almudena Grandes, Juan Gabriel Vásquez, Ginés Sánchez, ganador en su anterior convocatoria, y, en representación de la editorial, Juan Cerezo, acordó por mayoría otorgar a esta obra de Juan Trejo el X Premio Tusquets Editores de Novela.

  
*colección andanzas*



JUAN TREJO  
LA MÁQUINA DEL PORVENIR

PREMIO  
TUSQUETS  
EDITORES DE NOVELA



1.ª edición: noviembre de 2014

© Juan Trejo, 2014

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-8383-968-3  
Depósito legal: B. 19.394-2014  
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.  
Impresión: Romanyà Valls  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

I. La llamada de la aventura . . . . .	13
II. El cruce del primer umbral . . . . .	25
III. La prueba difícil o traumática . . . . .	167
IV. El acercamiento . . . . .	311
V. El camino de vuelta . . . . .	343



A Noam y a Alain  
y a Montse, siempre



En una sociedad que controla lo imaginario e impone el criterio de realidad como norma, el bovarismo debería propagarse para fortalecer al hombre y salvaguardar sus ilusiones.

Ricardo Piglia

Te estás engañando a ti mismo, eso es lo que trato de decirte. Cuando llegues a mi edad no sabrás nada en absoluto de la vida. Lo único que sabrás es lo que te has inventado.

Tobias Wolff

Pero a una argucia que está al servicio de la verdad, ¿se la puede seguir llamando embuste?

René Daumal

Estas cosas nunca sucedieron; son siempre.

Salustio



# I La llamada de la aventura



Pensé que si me quedaba allí un tiempo, entre las cosas de mi madre, en la ciudad en la que ella había pasado sus últimos meses de vida, tal vez sentiría algo. No me refiero a recordar cosas que me uniesen a ella, nuestro pasado en común, los buenos ratos y los muchos momentos desagradables. Tampoco me refiero al deseo de descubrir quién era realmente o quién había sido al menos en esos diez años en los que no habíamos mantenido contacto. Me refiero a un sentimiento que me uniese a ella de verdad, siquiera a través del dolor por la pérdida.

En su apartamento, sin embargo, no encontré apenas rastros íntimos de su presencia, sólo algo de ropa, zapatos... Todo lo demás eran libros y películas. Y cuando salía a la calle el escaso efecto evocador de aquellos objetos se desvanecía por completo. Fueron pasando los días. Y la ciudad me fue atrapando. O al menos el trozo de ciudad que veía desde la única ventana que daba a la calle. Empecé a leer aquellos libros. A ver aquellas películas. Y miraba pasar a las chicas por la calle. Y dejaba pasar el tiempo esperando una señal.

Durante las dos primeras semanas que viví allí, pasé horas y horas asomado a la ventana del apartamento, un segundo piso ubicado sobre el cruce de Manteuffelstrasse y Reichenberger Strasse. Y entendí muchas cosas mirando por esa ventana. Entre ellas, que mi vida, tal y como la había conocido hasta entonces, había llegado a su fin.

También recuperé una sensación que creía haber perdido para siempre. Veía pasar a todas esas chicas, tan absolutamente dispares, y pensaba en sus vidas. Las veía pasar caminando, con bolsas de supermercado en las manos, o con carteras de piel en bandolera, o en bicicleta, pedaleando con aire altivo y despreocupado, peinadas como chicos o con el pelo lacio al viento, seguras de su hermosura. Y re-

cuerdo que sentía un profundo deseo de ser múltiple, de eso se trataba, un profundo deseo de dividirme en un centenar de yoes iguales y diferenciados, para poder seguir a todas y cada una de esas chicas.

Cualquier cosa, supongo, con tal de no asimilar lo que me estaba viendo obligado a asimilar.

## 2

Mi madre murió un 1 de mayo. Ese día, en Berlín, se celebra una especie de fiesta reivindicativa. Algunos lo llaman el May Day. Un día para protestar y dejar salir la rabia. Tradicionalmente el May Day es la ocasión en la que los grupos izquierdistas más radicales toman las calles de la ciudad para manifestarse y protestar contra todo lo que esos colectivos consideran inaceptable: el racismo, el sexismo, el deterioro del medio ambiente, la globalización, el capitalismo... A pesar de que en las últimas ocasiones las cosas no se han salido mucho de madre, todos los años se producen encontronazos con la policía. Los encontronazos más destacados suelen tener lugar en el barrio de Kreuzberg; un barrio marcado por la juventud de los que viven allí. Los agentes ya saben de qué va la cosa y se lo toman con bastante paciencia. Después de todo, tienen muy claro que ellos ganan siempre. Sin embargo, o tal vez debido a las reglas del juego, no escasean los exaltados ese día, o esa noche, en el bando de los que protestan. Me resulta inevitable imaginar a mi madre increpando a los antidisturbios y gritando más fuerte que nadie, seguramente rodeada por un buen puñado de lesbianas agresivas de pelo corto y modales de camionero.

La encontraron muerta en un lugar llamado Kottbusser Tor. Tumbada junto a un banco de piedra. No sé si sus amigas radicales la dejaron allí y se fueron corriendo para huir de las pelotas de goma o si la policía hizo una pausa en su carga para atender a los gritos, algo más estridentes sin duda y menos reivindicativos, de aquellos o aquellas que vieron cómo se daba un tremendo golpe en la nuca con el banco de piedra.

Fue Luisa la que contactó conmigo. Fue ella también la que me dio las pocas explicaciones que me llevé a Berlín. Como el nombre

de esas dos calles, Manteuffelstrasse y Reichenberger Strasse, apuntadas en un papel, junto a varios números de teléfono. No me conmoví cuando vi a mi madre tumbada desnuda sobre la plataforma de aluminio, lívida como la sábana que cubría gran parte de su cuerpo. Me fijé en sus rasgos, eso sí, y pensé que el tiempo no la había tratado con generosidad.

Mi desintegración llegó después, cuando ya estaba instalado por un tiempo indefinido en el que había sido su piso. Pero antes tuve que pasar por todo el papeleo y los trámites para su incineración. Sus amigas alemanas, por suerte, se encargaron prácticamente de todo. Yo no sabía que mi madre deseaba ser incinerada, ni que quería que esparciesen sus cenizas por no sé qué bosque o valle o río más o menos cercano a Berlín. Varias de sus amigas cumplieron con el rito en cuestión. Me pidieron que las acompañase, o eso creo, porque sólo las entendía a medias cuando hablaban, pero yo me negué. Después de eso empecé a desintegrarme; como le ocurrió a Jon Osterman, después conocido como Doctor Manhattan.

No fue instantáneo. Fue sucediendo poco a poco. Pero en un momento dado, cuando llevaba dos o tres semanas en Berlín, sentí que me estaba desintegrando de forma irreversible. El tapón que había cerrado la piletta que contenía el agua de mi existencia, o el agua de algo parecido a mi identidad, por turbia que fuese, había sido mi madre. Lo supe cuando dejó de estar y el agua empezó a colarse por el sumidero sin posible freno ni resistencia. Llegado a un punto, noté que no quedaba nada. No me alarmé. Pero supe que era una situación seria. Supe que no podía permanecer demasiado tiempo así porque corría el riesgo de que incluso mi conciencia, esa parte de mi mente capaz de darse cuenta de que me estaba desintegrando, desapareciese en la nada.

No es que no me viese en el espejo o que no viese mis manos al mirármelas de cerca, sino que el espacio que había entre mi propia imagen y mi recepción cerebral iba aumentando. El significado de mi imagen, en todos los sentidos, se perdía en esa distancia y cada vez me resultaba más incomprensible. He dicho que no me alarmé, y es cierto, pero muy posiblemente porque no tenía fuerzas suficientes para alarmarme. Lo que sí empecé a sentir fue una suerte de nostalgia muy sólida, llegada de no sabía dónde. Después de las dos primeras semanas, en las que me dediqué a mirar a las chicas por la ventana, miraba ahora la lluvia y me preguntaba dónde irían a parar

todas esas sensaciones que se colaban entre el mundo exterior y mi conciencia flotante.

Tenía que hacer algo para recuperar mi estructura atómica, para crear un nuevo campo intrínseco en mi vida. Supongo que Jonathan Osterman, o mejor dicho la conciencia de Osterman, también sintió ese impulso allí donde se encontrase cuando fue desintegrado, en una realidad paralela o en otra dimensión cuántica de la existencia; sin duda, un lugar similar al que yo me encontraba en ese momento. Tal vez también sintió esa nostalgia sólida surgida de ninguna parte para indicarle que no era el tiempo de morir, sino de realizar un esfuerzo cósmico, primigenio, y unir de nuevo las piezas guiado por una luz diferente. Su conocimiento de lo atómico le llevó a vencer a la inexistencia. ¿Pero qué era lo que yo debía aprender, a qué debía aferrarme para reconstruirme?

### 3

Viendo las películas y leyendo los libros que había en aquel piso ubicado sobre el cruce de Manteuffelstrasse y Reichenberger Strasse, empecé a obtener pistas al respecto, si bien eran pistas que parecían conducir a otras pistas, lo cual hizo que todo fuese muy complejo y muy sencillo a un tiempo. Y es que muchas de esas historias parecían hablar directamente de mí de un modo íntimo, personal e intransferible. Como, por ejemplo, la película *Inteligencia Artificial*. Yo era David. O por decirlo de otro modo, el niño protagonista de esa historia me definía mejor de lo que yo podía definirme a mí mismo en esa situación de desintegración imparable. De hecho, la intensidad del proceso de reconocimiento que se puso en marcha en mi cerebro al conocer las desventuras de David me llevó a conectar esa historia con un sueño especialmente significativo que venía persiguiéndome desde hacía años, un sueño que se inició en una fecha muy anterior al tiempo en Berlín.

Voy montado en una pequeña barca. Estoy en una ciudad inundada. En un principio, me cuesta saber de qué ciudad se trata, básicamente por cuestiones de orografía, pero después comprendo que, en esencia, se trata de Barcelona. Recorro las calles del Eixample

montado en mi barca, parecida a las del estanque de la Ciutadella, remando con parsimonia. Voy solo, estoy sentado, y sólo me veo las manos, que sujetan un único remo estilo kayak, y las rodillas, enfundadas en unos vaqueros azules. El agua alcanza hasta la segunda o tercera planta de los edificios. Es un agua cristalina. Puedo ver con bastante claridad hasta allí donde alcanza con potencia la luz del sol. Es de día, el cielo es completamente azul, azul cobalto. Yo no dejo de remar, a un ritmo lento pero uniforme. La superficie del agua parece una película inmaculada de papel celofán. Recorro una sola calle, que podría ser la calle Lepant o la calle Bailén, en dirección al mar, pero voy cruzando todas las intersecciones. Cuando miro a un lado y al otro en esos cruces, no veo más barcas por ninguna parte. No se ven edificios altos ni a los lados ni enmarcando el horizonte. Las alturas son más o menos uniformes. No hay árboles, ni ramas de árboles, que sobresalgan del agua. Tampoco veo árboles al observar el fondo. No hay vegetación por ninguna parte. Nada de plantas tropicales colgando de los tejados o de los balcones. Y las fachadas de los edificios están en muy buen estado, limpias y sin desconchones. Llegado a un punto del trayecto, veo gente en los balcones. Casi todos son personas mayores, ancianos. Toman el té, con maneras muy refinadas, sentados en sillas plegables de hierro o de madera de teca; mobiliario de jardín. Me observan al pasar y sonríen. Los hombres llevan traje oscuro y están muy bien peinados, con la raya al lado, las mujeres, las ancianas, llevan alegres vestidos con estampados de flores. Todo muy *british*. Me saludan con la mano al pasar, con una amplia sonrisa. También veo algún que otro niño. Niños solitarios pero alegres en balcones algo más elevados, de quintas o sextas plantas. Alguno de ellos en camiseta y pantalón corto o calzoncillos. También me saludan. Y sé que algunos de ellos me envidian. Sé que algunos de ellos desearían estar en mi lugar. Y noto la presencia de los padres, que deben de estar haciendo algo importante más allá de las puertas abiertas del salón, en el interior de los pisos. No pasa gran cosa más en el sueño, aunque a veces he experimentado ciertas variaciones significativas que ya explicaré en otro momento. Es cierto que no es un sueño impresionante, más allá del hecho de recorrer una ciudad inundada. Que se repitiese tantas veces, que variase de cuando en cuando de manera sutil, y sobre todo la cantidad de referencias externas que remitían una y otra vez a ese sueño, es lo que llamó mi atención.

Las pistas conducían a otras pistas, y recordar el sueño me llevó a remontarme más atrás en el tiempo hasta recuperar un recuerdo aún más remoto, el de la noche en la que se inundó el sótano en el que vivía por aquel entonces con mi madre y Luisa y otras tres mujeres.

Es verano. Llueve muchísimo. Se atasca el sumidero del patio, el agua se va acumulando y entra en el piso desde la puerta del salón. Siempre hay problemas con el colector del inmueble, el pequeño depósito que recibe el agua de todos los bajantes para llevarla hasta la alcantarilla. El principal inconveniente es que el colector está por debajo del nivel de la alcantarilla de la calle. El agua que inunda el piso, por lo tanto, entra por el patio y también por la puerta que da al rellano de la escalera, donde se encuentra el acceso al colector. Es agua limpia, eso sí, seguramente porque la mayoría de los vecinos están de vacaciones.

Me despiertan los gritos de Antonia, una mujer muy flaca y hue-suda de voz estridente. Cuando salgo del cuarto que comparto con Luisa, veo que las cinco mujeres, incluida mi madre, intentan achicar el agua como pueden, con cubos, con toallas, con las fregonas. A la que deja de llover la cosa es un poquito más sencilla, pero pasan más de tres horas hasta que podemos volver a la cama.

Esa noche, experimento dos revelaciones. La primera está relacionada con el agua. Un tema que sólo ahora, después de lo ocurrido con Víctor y la Máquina del Porvenir, ha llegado a tener sentido. Mientras las mujeres se encargan de achicar agua en el comedor, en el recibidor y en la cocina, recorro descalzo el resto de las habitaciones vacías; excepto la que ocupa mi madre, que permanece cerrada todo el rato. El agua me llega hasta los tobillos, está un poco fría pero no resulta desagradable. Como muchas otras veces, me da por jugar a los aviones. Sobrevuelo la zona observando el terreno desde las alturas. Las patas de las mesas y de las sillas medio sumergidas, los bajos de las camas y los armarios recibiendo las suavísimas olas, alguna pequeña alfombra de lana gruesa mostrando las puntas de sus

hebras en la superficie como algas mutantes, zapatos que flotan como vehículos inservibles. Tal vez el efecto definitivo lo causa la escasa luz. Se ha cortado la electricidad y sólo se cuelan a través de las persianas unos escasos filamentos anaranjados procedentes de las farolas de la calle de atrás. Devastación y silencio. El fin del mundo. Ese es el panorama que observo desde mi posición aventajada. Me siento extrañamente reconfortado mientras sobrevuelo ese espectáculo atraente y desolador, porque soy uno de los pocos supervivientes.

La segunda tiene que ver con mi madre, Emilia Veiga López, y se produce cuando remite la inundación, concretamente cuando vamos a volver a nuestras camas. Quiero darle un beso a mi madre antes de irme al cuarto que comparto con Luisa, pero ella no es consciente de mi intención; es posible que ni siquiera haya reparado en que he estado recorriendo la casa mientras ellas trabajaban. Me dispongo a seguirla cuando abre la puerta de su habitación, pero lo que veo dentro me detiene. Hay una mujer desnuda, de rodillas, encima de su cama. Una mujer a la que no conozco y que no ha participado en el achique de agua. Una mujer de pelo corto y oscuro y de pechos más bien pequeños, por lo que puedo ver. Mi madre cierra la puerta a su espalda. Es posible que nadie más haya visto lo que yo he visto. Aunque no tardo en suponer que todas las mujeres que comparten el piso con nosotros deben de estar al corriente de la presencia de esa invitada. Siempre he creído que si compartía la habitación con Luisa en lugar de con mi madre se debía a una cuestión de espacio. Ya a esas alturas de mi vida sé también que mi madre es un poco particular, muy suya, como dice Luisa. Tengo un carácter muy fuerte, le he oído decir a mi madre en más de una ocasión, me cuesta compartir. Lo raro es que no me extrañe ver a una mujer desnuda encima de la cama de mi madre, esperándola.

## 5

Otra de las noches en Berlín, poco después de ver a David, el protagonista de *Inteligencia Artificial*, sumergiéndose en las aguas en busca del Hada Azul, y de seguir la pista que me llevó a otra pista, mi sueño repetitivo, el de la ciudad inundada y la barquita por medio

de las calles del Eixample, experimenté una de esas sutiles variaciones de las que he hablado antes. Una variación que, definitivamente, me colocó en el carril adecuado.

Había llegado a la zona de los ancianos en los balcones cuando noté que algo tiraba de la parte de atrás de la barca. Dejé de remar y miré a mi espalda. Un hombre intentaba subir a bordo. Era un hombre mayor, básicamente calvo y más bien delgado, vestido con traje negro y camisa blanca abotonada hasta arriba. Alargué el brazo y le ayudé a subir y a sentarse. Era mi abuelo. Mi abuelo paterno. Un hombre al que sólo había visto en una fotografía que mi padre me enseñó en Salamanca. No parecía muy mojado para acabar de salir de aquella agua cristalina. Miré a los ojos a mi abuelo y me pareció más serio que triste. Sentí un extraño vínculo con él, a pesar de que apenas sabía nada de su historia. Antes de volverme hacia delante para seguir remando, mi abuelo me dijo: ¿Te parece bonito? Yo sabía que se refería a mi situación en Berlín. Me sentí infinitamente culpable. Como si me hubiese pillado en falta cometiendo un terrible delito moral. Pero seguí remando, con el ceño fruncido y los dientes apretados. Y al cabo de un rato, oí que mi abuelo se ponía a silbar. Supuse que era la melodía de alguna antigua canción centroeuropea, porque me recordaba ligeramente a la música de Goran Bregović. Cuando ya había dejado atrás la zona de los balcones con niños en pantalones cortos o calzoncillos, mi abuelo me tocó el hombro. Me volví y me dijo: A mí tampoco me gusta meterme en la vida de los demás. Ya sabes, vive y deja vivir. Pero a lo mejor ha llegado el momento de ponerse en movimiento. Me desperté muy intrigado, más que inquieto, porque nunca había soñado con mi abuelo.

Mi abuelo paterno era el último miembro de la familia que se había considerado judío. Aunque tal vez sería más adecuado decir que era el último al que se le había considerado judío. Nunca fue practicante, y mucho menos creyente o devoto, por lo que yo sé, pero el vínculo de sangre había llegado hasta él con cierto grado de claridad. Nunca mantuvo costumbre alguna, no celebraba festividades ni había sometido a mi padre o a su hermana a ninguna clase de ritual o ceremonia. Ni alardeaba de su condición ni la negaba. Podría decirse que su judaísmo era poco menos que otro de los calificativos que podían añadirse a su persona. Como se podía decir de él que era básicamente calvo o más bien delgado.

Jamás se me había pasado por la cabeza pensar que la sangre de

mi abuelo, su sangre judía, tenía algo que ver conmigo o con mi sangre. Sin embargo, en el sueño sentía un vínculo, y ese vínculo tenía algo que ver con el hecho de que mi abuelo era judío. Tal vez la genética estaba intentando trasmitirme algo que la parte consciente de mi cerebro no había sabido captar. Pero ¿qué significaba?

## 6

La respuesta tardó en llegar, pero fue definitiva. Porque tras la muerte de mi madre ya no había parapeto alguno que me resguardase de mi propia muerte, a la que podía ver al final del camino. Sin embargo, debía de haber alguien más. Yo venía de algún sitio. Mi padre y mis abuelos también tenían algo que ver con mi muerte y con mi vida. Ellos habían posibilitado que yo llegase hasta allí. Por lo tanto, no tenía nada de raro que la opción genealógica adquiriese relevancia.

Supé entonces que mi historia no empezaba donde parecía que empezaba sino mucho tiempo antes. Pero partía de una posición más que precaria. Había oído contar algunos mitos y leyendas, pero en términos generales sobre todo lo relacionado con mi familia se había extendido siempre un gran silencio respecto a detalles concretos. Un ejemplo cualquiera: ni siquiera sabía quién era mi abuelo materno. Y no lo sabía porque mi madre no lo sabía. Su madre, mi abuela Rosa, nunca llegó a decírselo. Es cierto que ni mi madre ni mi padre me habían contado gran cosa de sus respectivas familias. Pero lo que más llama mi atención ahora es mi profundo desinterés por conocer detalles relativos a esa cuestión. Tal vez porque sabía que lo que me contasen no iba a satisfacerme en absoluto. Lo que yo quería de mi madre o de mi padre era otra cosa. Algo que, por lo visto, no iban a poder darme nunca.

Me aterraba pensar que mi madre hubiese guardado siempre el secreto esencial de mi existencia, como el Hada Azul de *Inteligencia Artificial*, y se lo hubiese llevado con ella a la tumba. Pero empezar mi búsqueda por ahí no iba a llevarme a ninguna parte más que a desaparecer definitivamente por el sumidero de la pileta donde se había mantenido estancada el agua turbia de mi identidad ahora desaparecida.

Los padres, por el contrario, son la acción, el estar en el mundo. Tenía que empezar por ahí. Los hombres de mi familia, por desconocidos que fuesen hasta ese momento, deberían aportarme la fuerza necesaria para mirar en el lugar oscuro de la feminidad que podía representar mi madre.

La información de la que disponía de partida era muy escasa, apenas cuatro detalles. Mis abuelos, mi padre incluso, eran para mí como dinosaurios extintos hacía milenios. No habían tenido ni presencia ni cabida en mi día a día.

Sin embargo, estando en Berlín entendí que la historia de mi familia, de mis predecesores, me pertenecía. Su historia pasaba en mí, aunque yo no fuese consciente, y se entrelazaba con mi propia historia, con mi pasado y con mi presente. Después de todo, debido a ellos había llegado hasta donde estaba. Su historia me pertenecía como me pertenecía mi propia historia. Era tan mía como podía serlo su código genético, mi código genético. Sólo iba a recuperar lo que era mío. Porque ahí radicaba, estaba convencido, el misterio que había de revertir mi desintegración. Completando la hélice que formaban sus historias, imbricadas con la mía, siguiendo el mismo patrón que una cadena de ADN, entendería no sólo el sentido de mi historia sino el sentido del fluir del tiempo.

Estando en Berlín, por otra parte, me di cuenta de que el único requisito que se me exigía para solventar las dudas que podría plantearme la legitimidad o la validez de mi método era aceptar que no existe solidez alguna en una historia personal, que toda historia, por documentada que esté, flota sobre las aguas del tiempo, que todo lo inunda, como flota una ficción cualquiera.